

PUNTO ROJO

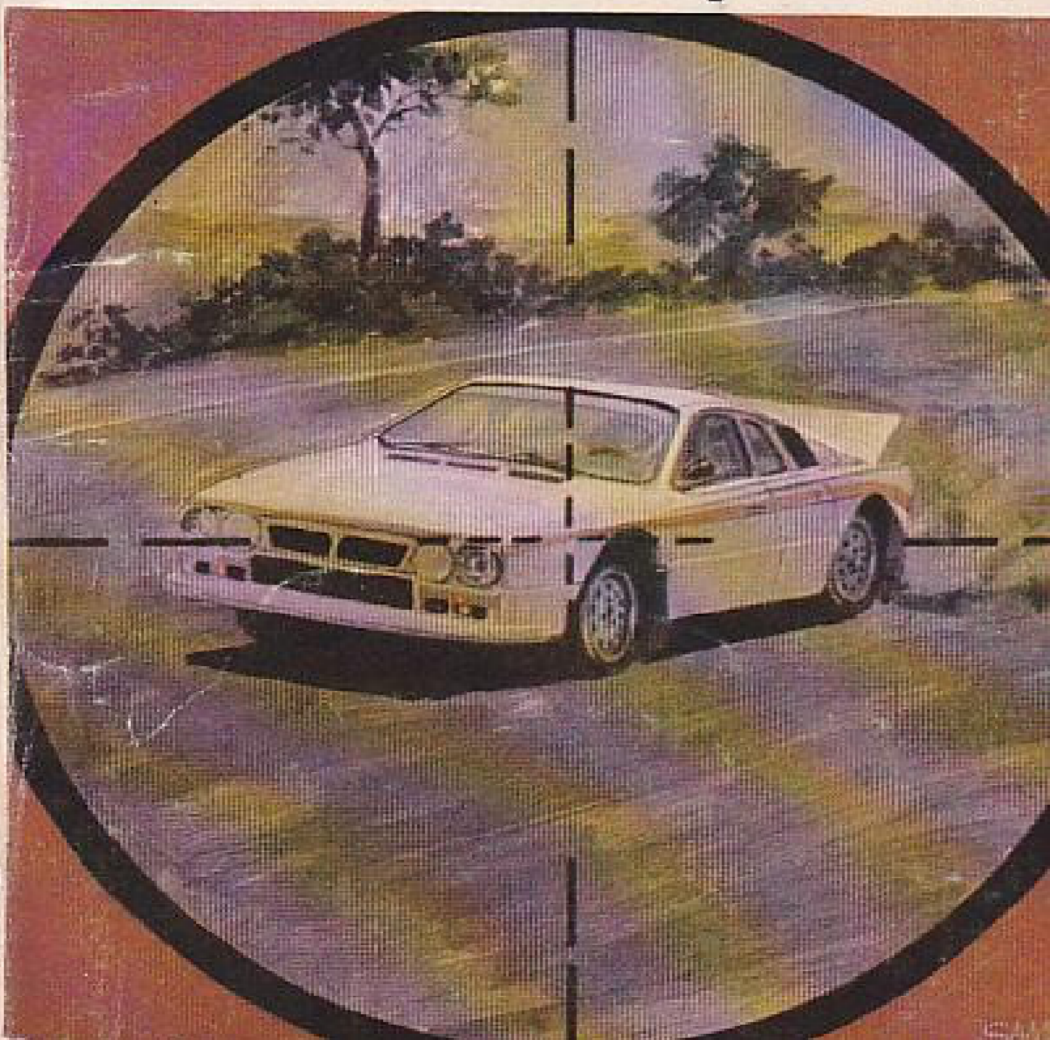
**BRU
GUE
RA**

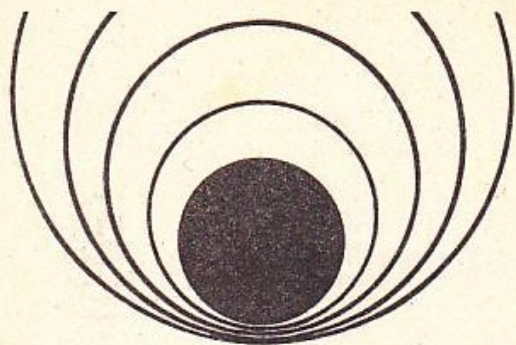
BOLSILIBROS

T POLICIAO

UN PROTECTOR PARA SHEILA

Joseph Berna





PUNTO ROJO



JOSEPHBERNA
UNPROTECTORPARASHEILA

ColecciónPUNTOROJOn.
°1.137Publicaciónsemanal



EDITORIALBRUGUERA,S.A.

BARCELONA-BOGOTA-BUENOSAIRESCARACAS-MEXICO

ULTIMASOBRASDELMISMOAUTORPUBLICADASPORESTAEDITION

1.742—Maxel*Dragón*.

EnColecciónKANSAS:

1.325—ElgigantedeKentucky.EnColecciónCOLORADO:
841—

Unosadocaliforniano.EnColecciónBISONTESERIEAZUL:

675—

Laambiciónteniaunprecio.EnColecciónBUFALOSERIEAZUL:

609—Lazíngarayelpistolero.EnColecciónPUNTOROJO:

1.127—Balancemortal.EnColecciónCALIFORNIA:

1.413—ELreydelpóquer.

ISBN84-0202520XDepósito legal:B.42.6421983

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición en España: febrero. 1984 1.ª edición en América: agosto.
1984

© Joseph Berna-1984 texto

© Sampere-1984 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Camp

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como
sonajes, entidades o hechos pasados o actuales, serán simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-
21,650) Barcelona 1984

Sheila Evans nadaba en la hermosa piscina.

Lamañana era cálida, soleada, preciosa de verdad, y a petecía bañarse. Sheila
Sin lamenor pereza, Sheila se había levantado de la cama, se había despojado del breve
camisón transparente, se había colocado un nudo sus atrevidos bikini y se había ba-

Llevaba casi veinte minutos en el agua, nadando entre todos los estilos, sumergien-
do en la nada. Sheila no le quedaba nada, porque había cumplido ya los veintidós años
y todos se le habían desarrollado lo suficiente como para que se la considerara toda
era bastante alta, tenía el cabello rubio y los ojos azules.

De pronto Sheila se quedó quieta en el agua, mirando hacia la entrada del jardín,

Era Larry Sorensen, el hombre que más interés tenía en casarse con ella. Contaba

—¿Qué haces ahí parado?—preguntó Sheila, no demasiado contenta de verle.

—Contemplarte—respondió él.

—¡No me gusta que me espíen!

Larry Sorensen rió, mostrando sus dientes, correctamente alineados.

—Contemplarte no es piarte, Sheila—

dijo, echando a andar hacia la piscina.

Era un tipo alto, atlético, realmente apuesto, pero demasiado engreído, enopin-
Sheila.

Lajo venía nadando hacia la escalera de acero inoxidable y empezó a subir por ella. Lar-

—Si quieres que te deje salir, tendrás que darme un beso.

—No me apetece.

—Amí, sí.

—Apártate, Larry.

—Primero, el beso.

—No hay beso.

Larry Sorensen posó sumirada en los firmes y agresivos senos de Sheila Evans, qu-
Tal vez menos.

Ello, unido al hecho de que las gotas de agua se deslizaban por ellos, lentamente,

—Tucuerpomojado me excita, Sheila—confesó.

—Déjamequeemesequelatoalla,pues.
 —Noserviríadenada,porquesecontambiénmeexcita.
 —¿Deveras?
 —Bienlosabes.
 —Entoncesteaconsejoquetedesunazambullidayteenfríesunpoco.
 —Prefieroestrechartumaravillosocuerpoybesartustentadoreslabios.
 —Inténtaloypartolostuyosdeunpuñetazo.
 —¿Serías capaz?
 —Nolodudes.
 —Enesecasomejorseráquemeaparte.
 —DesdeLuego.
 Larrysehizo aunladoySheilapudosalir delapiscina.
 Losojos masculinos recorrieron elsbeltocuerpofemenino,que brillabaacausa
 —Estás comoquieres, Sheila...—murmuró Larry.
 —Veteapaseo—rezongó lajoven,y le diolaespalda.
 Nofue laespalda,sin embargo,loque Larry le miró,sino loque viene acontinuación
 —Madremía...—
 exclamó ahogadamente,mientras susojos mordían el precioso trasero femenino.
 Sheila caminaba hacia la tumbona,pero Larry no la dejó llegar,ya que la alcanzó
 —¡Sheila,amormío!—
 exclamó,antes de besarla en elcuello,sobre la palpitante arteria,que empezó a
 —¡Suéltame,Larry!—gritó lajoven.
 —¡Te quiero! ¡Te amo! ¡Te adoro!
 —¡Y me comprarás un loro!
 —¡Todos los que quieras!
 —¡No me gustan los pajarracos!
 ¡Y eso es lo que eres tú,Larry,un pajarraco!
 —¡Te equivocas! ¡La única pluma que tengo es estilográfica!
 —¡Estilo cuernos!—
 rugió Sheila,que seguía luchando por soltarse,sin conseguirlo.Larry Sorensen
 —Estoy loco por ti, Sheila.
 —¡Te ordeno que me sueltes,Larry! ¡Te estás aprovechando!
 —Prométeme que me darás un beso.
 —¡Un estacazo,eso es lo que te daré sin omisión!
 —Sé que tú también me amas, Sheila.
 —¿Amarte? ¡Te odio,Larry!
 —Lodices para despistar.
 —¡Es una verdad como un templo!
 —Templó y bota tienen mucho que ver. ¿Cuándo nos casamos, Sheila?
 —¡Antes me ahoro con un percherón!
 —¿Has dicho en febrero?
 —¡Al infierno contigo!

—Allí debode encontrarme ya, porque estoy que ardo—
confesó el zorro de Larry, y se pegó aún más al cuerpo por prácticamente desnudo de Estapudocomprobar que era verdad y se enfureció más aún.

—¡Yo a pagaré tu fuego, antorcha humana!—
aseguró, y empujó con su cuerpo, obligando a Larry a caminar hacia atrás.

—¡Lo estoy deseando, nena!—
respondió él, sin percatarse de la proximidad de la piscina.

Sheila lo hizo retroceder un poco más, Larry tropezó en el dique de la piscina, pero Larry se hundió, pero no tardó en emerger, porque era un buen nadador. Sheila...

—Qué, ¿te has apagado ya, te aencendido?—
preguntó, entonces burlón. Larry soltó un tacoy barbotó:

—¡No ha tenido gracia, Sheila!

—¡No la ha brátenido parati, pero sí para mí! ¡Y mucha!

—¡Teloharé pagar!

—¡Notedebonada, Larry!

—¡Meha arrojado a la piscina vestido! ¿Te parece poco?

—¡Tú telobuscaste!

—¡Malditasea!—masculló Larry, y nadó hacia la escalera metálica.

Sheila le dejó salir de la piscina, pero cuando vio que venía directamente hacia ella...

—¡Detente, Larry!

—Metienes miedo, ¿eh?

—No, ninguno.

—Te voy a abrazar con fuerza y te voy a besar en los labios.

—Tea consejo que no lo intentes, Larry.

—¡Al diablo tus consejos! Sheila diounsalto hacia atrás.

—¡No, Larry!

—¡Sí, Sheila!

Lajo venno pudo evitar que Larry Sorensen la abrazara y la apretara contra su cuerpo...

—¡Yatetengo, Sheila!

—¡Suéltame!

—¡Te vaagustar tanto el beso que no querrás que termine!

—¡Lo lamentarás, teloadvierto!

Larry sonrió y aplastó su boca contra la de ella, dispuesto a devorarle literalmente.

Sheila, sin pensárselo dos veces, elevó bruscamente su rodilla derecha y la incru...

Larry la soltó en el acto, lanzó un terrible aullido y cayó derodillas, agarrándose...

Sheilasehizorápidamenteatrás,recordando:

—¡Tediјеquelolamentarías,Larry!

—¡Maldita!—

barbotóél,conlágrimasenlosojos,porqueeldolorquesentíaensusgenitaleser

—¡Noquierovertemás!¡Saldeestacasaynovuelvasnunca!

¡Seacabónuestraamistad,Larry!

Sorensenseirguióconmuchadificultadymasculló:

—

Túsíquelo vasalamentar,Sheila.Amínadiemeechaalacallecomosifueraunpe

SheilaEvansnopudoeuitarunestremecimiento,perosemantuvofirmeensude

—¡Fuera!—gritó,señalandolasalidadeljardín.

LarrySorensensemarchósinlanzarunasolaamenazamás,perofirmementede

Mitch Brocco se enconstraba en su oficina, echando una ojeada a los periódicos. Era detective privado y el último caso que le habían confiado quedó resuelto. Esto último sería terrible, porque las reservas económicas de Mitch no daban para mucho. Sencillamente, llevaban mucho más tiempo que Mitch en la profesión. Años y años. Mitch apenas llevaba seis meses.

Prácticamente no había tenido tiempo de demostrar su valía, pues habían sido los casos fáciles los que le habían dado su primer éxito. Los había resuelto satisfactoriamente, desde luego, pero habían sido pequeños casos. El nombre de la fortunada detective empieza a sonar y los casos comienzan a llegar. Naturalmente, Mitch confiaba en que algún día le encargasen unode esos casos. De pronto sonó el timbre de su oficina.

Mitch alzó la mirada y la posó en la puerta, cuya mitad superior era de cristal. El detective retiró rápidamente los periódicos, pues intuía que se trataba de un cliente. Mitch Brocco era un tipo alto y fuerte, moreno, no mal parecido. Tenía veintinueve años.

El detective alcanzó la puerta y abrió. En el cristal translúcido figuraba un hombre y su profesión, por lo que el hombre dijo:

—¿Mitch Brocco?

—Sí—asintió el detective, observando al tipo.

—Era de estatura corriente, más bien delgado, y vestía con distinción. Aparentaba ser un hombre de negocios.

—Minombre es Harold Evans—

se presentó el hombre, tendiéndosle la mano al detective.

Mitchselaestrechó.

—Muchogusto, señorEvans.

—Hevenidoaconfiarleuncaso, señorBrocco. ¿Puedeustedatenderme?

—Porsupuesto. Paseusted, señorEvans.

—Gracias, muyamable.

HaroldEvansentróeneldesapachoyeldetectivecerrólapuerta, indicando:

—Siéntese, señorEvans.

Elclienteocupóelsillónquehabíadelantedelamesadeldetectiveprivado. Este

—¿Dequésetrata, señorEvans?

—

Antesdenada, dígame sillevaustedalgún otrocaso entremanos, señorBrocco.

—No, ninguno. Precisamente ayersolucioneélúltimo.

—

Magnífico. Selohepreguntado porquеваatenerquededicarmeusted todosuti

—Cuenteconello, señorEvans.

—Selo agradezcodeveras.

—Expóngamesucaso, señorEvans.

—

Setratademihija. SellamaSheilay tieneveintidós años. Lehetraídounafotogra

—

dijoHarold, llevándoselamanoalbolsillointeriordelachaqueta. Extrajolafoto

Mitchlatomó, lamiró, ycomentó:

—Tieneustedunahijapreciosa, señorEvans.

—Gracias.

—¿Quéle pasaaSheila?—preguntóMitch—. Nohabrádesaparecido, ¿verdad?

—Todavía no.

Mitchentornólojoizquierdo.

—¿Porqué dice«todavía no»?

—Porque puededesaparecerencualquier momento.

—Explíquese, señorEvans.

—

Sheilahasidoamenazada, estamismamñana, poruntipollamadoLarrySoren

—¿QuiénesLarrySorensen?

—

Un sujetopazdecualquier cosa. DesecuestraraSheila, degolpearla, deviolan

—¿DeSheila?

—Sí.

—¿Porqué? ¿Quélehahechoella?

HaroldEvanslerefirió losucidoaquellamañana enel jardín.

—Vaya, veo queSheilasabedefendersedelostipospesados—comentóMitch, conunaligerasonrisa.

—

LarrySorensennoseloperdonará. Sehabíahechoilusiones decasarseconella, c

No es por presumir, pero tengo bastante.

—Continúe, señor Evans—rogó Mitch.

—

Bueno, creo que el problema ha quedado expuesto ya. Larry ha amenazado a Sheila.

—¿Y qué es lo que quiere de mí, señor Evans?

¿Que vigile a Larry Sorensen?

—

No, porque es o podría no ser suficiente. Larry es un tipo muy astuto, señor Brocco.

—Tener razón—asintió Mitch.

—Prefiero que vigile a Sheila, señor Brocco.

—¿A Sheila?

—

Sí, que la proteja de día y de noche. Que no la pierda de vista ni un segundo, vaya.

Mitch, un tanto desilusionado, dijo:

—

Usted no necesita un detective privado, señor Evans. Lo que necesita es un guardián.

—Prefiero llamarlo protector.

—Viene a ser lo mismo.

—Le pagaré bien, señor Brocco.

—No lo dudo, pero...

—¿No le interesa el caso?

—

Sinceramente, no. Lo mío es la investigación, señor Evans. No soy un vulguario.

—

Ciéndole los dólares. Y cinco mil dólares para enviar a la cárcel a Larry Sorensen. Mitch.

—Me está tentado, usted, señor Evans.

—Acepte, señor.

—Lo siento, pero...

—Doscientos dólares diarios.

A Mitch casi se le escapó un silbido.

—Está decidido a conseguir mis servicios, ¿eh, señor Evans?

—Desde luego.

—¿Por qué precisamente los míos? ¿Me lo puede decir?

—Creo que es usted el hombre adecuado, señor Brocco.

—¿Cómo lo sabe?

—Me he informado antes de venir.

—Nosoy undetective famoso, señor Evans.

—

Peropuedeser unbuen protector para Sheila. Es, además, joven y apuesto.

—¿Qué tiene que ver la edad y el aspecto físico?—preguntó Mitch.

—En este caso, mucho—respondió Harold, sonriendo.

—Explíquese.

—Sheila no quiere un protector.

—¿No?

—

Seniegarotundamenteal llevar un desconocido pegado a sus talones, pese a temerle.

—¿Entonces?

—

Confío en que usted le guste, señor Brocco. Y si le gusta, Sheila aceptará su protección.

—¿Y si no le gusta?

—En ese caso, tendrí que protegerla sin que ella se diera cuenta.

—Será mucho más difícil.

—

Y al oírlo. Pero si voy a llevarle un detective joven, alto, atlético y bien parecido.

—

sonríe de nuevo Harold Evans.

Sheila Evans se hallaba en el salón, sentada en el sofá con una copa en la mano.

Naturalmente, yano iba en bikini. Se había cambiado poco después de contar

Derepente Sheila pareció volver a la realidad y consultó su pequeño reloj de oro. Al ver

la hora que era alargó el brazo y oprimió el timbre que permanecía oculto bajo la

Mientras aguardaba, se llevó la copa a los labios e ingirió un sorbo de licor. Seg

—¿Llamaba, señorita Sheila?

—Sí. Jenny.

—Usted dirá.

—¿Havuelto y a mi padre?

—Todavía no, señorita.

—Pues y debería estar aquí. Eshora de comer.

—Debe de estar al caer.

—Esperemos que no se haga mucho daño.

—¿Cómo dice?

—En la caída, mujer—sonrió Sheila. La doncella se echó a reír.

—¡No había pillado el chiste!

—Avísame cuando lleguemos a mi padre, Jenny.

—Descuide, señorita Sheila.

La doncella dió media vuelta y se alejó, moviendo con gracia sus redondeadas

Ignoraba, naturalmente, que había ido en busca de un detective privado para que

De pronto apareció Jenny de nuevo.

¡Y cómo apareció!

Parecía un bólido de carreras.

—¡Señorita Sheila!

—¿Qué ocurre, Jenny?

—¡Supadre!—

informó la doncella, justo en el momento en que, debido a su velocidad y al brillo

—Jenny!—exclamó Sheila llevándose la mano a la boca.

—¡Mimadre!—gritó la doncella, llevándose también la mano, pero al trasero—. Silo

llego a tener de cristal...

Sheila no pudo contener la risa, pero no pudo dejarlo de aproximarse al adoncella.

—¿Teha hecho daño, Jenny?

—Más que su padre, señorita.

—No te entiendo.

—¡Que rayo la que estaba al caer, noé!—

exclamó adoncella, masajeándose las posaderas.

Sheila rió con ganas.

—¡Meha devuelto el chiste, Jenny!

Ladoncella rió también, porque la verdad es que no se había hecho de demasiada.

—¿Por qué corrías tan deprisa, Jenny?

—Villegare el «Cadillac» de su padre, señorita Sheila.—

Tedije que me avisaras, pero tampoco era necesario que te convirtieras en un co-

—¡Es que su padre no ha vuelto solo, señorita!—¿Qué?

—¡Le acompaña Burt Reynolds!

—¿Quién?—exclamó Sheila, respirando.

—

Bueno, un moreno tan fuerte y tan atractivo como ese actor decine, quise decir.

¡Está de tomapan y moja, señorita! Sheila le apuntó con el dedo.

—Jenny...

—¡Eslavidad, señorita! ¡El tipo se parece muchísimo a Burt Reynolds!

—Ese actor favorito, ¿verdad?

—¡Desde luego! ¡No me pierdo ninguna de sus películas!

¡Y sueño muchas noches con él!

—¿Y qué sueles soñar?

—¡Siempre lo mismo!

Que me tome en sus brazos, me besa con pasión, me despoja de la ropa, me cubre con

—¡Nosigas, que ya adivino cómo acabó su sueño!—

la interrumpió Sheila, riendo. Ladoncella lanzó un hondo suspiro.

—Si los sueños fueran realidad, yo sería madre y a mediodía cenar de hijos, por lo

menos. ¡Y Burt Reynolds sería el padre de todos ellos!

—¡Seguro!—volvió a reír Sheila. Jenny unió surisa a la de ella.

Sheila iba a decir algo pero se frenó al ver que parecía su padre, acompañado del ti-

Después de fijarse en él, Sheila se dijo que el parecido apenas existía, aunque tuvo que

reconocer que el tipo era realmente apuesto, varón interesante. Jenny, por lo

—¿Voyporel pan, señorita Sheila?

—¿Qué?

—Paramojar, yasabe.

Sheila le arreó con el codo, con disimulo, mientras contenía la risa.

—Esfúmate, Jenny—ordenó, a media voz.

—Sí, señorita. Y suerte con el morenazo.

Sheila intentó clavarle denuevo el codo, pero la simpática doncella se alejó a bayapa.

Harold Evans y su acompañante se acercaron.

—Hola, Sheila—saludó Harold, antes de besar a su hija en la mejilla.

—Te estaba esperando, papá.

—Me entretuve con este amigo.

—¿Quiénes?

—Mellamo Mitch—se presentó el detective privado—. Mitch Brocco.

—Encantada—sonrió Sheila, aceptando la mano que le ofrecía Mitch.

El detective se la estrechó cálidamente, mirándola a los ojos, y Sheila sintió una

Harold Evans, muy pendiente de la reacción de su hija, adivinó por la expresión de sus

ojos que Mitch Brocco era de su agrado. Pero que muy de su agrado. Y eso le complacía.

Era muy importante que Mitch le gustase a Sheila como hombre, porque sólo así

Harold carraspeó y dijo:

—He invitado a Mitch a comer, Sheila.

—Me alegro—confesó la joven.

—Es usted muy amable, Sheila—dijo el detective.

—Casita como bonita.

—Agradezcosugalantería, señor Brocco.

—Luego que me llame Mitch.

—De acuerdo.

Harold carraspeó de nuevo.

—

Como el almuerzo ya estará dispuesto, sugiero que pasemos al comedor.

—dijo, y abandonó el salón, acompañado de Sheila y Mitch.

Estaban terminando de almorzar, pero Harold Evans todavía no le había confesado.

Repentinamente, Sheila preguntó:

—¿Aqué se dedica usted, Mitch?

El detective, antes de responder miró a Harold Evans. Estaba tan interesado en la palabra que no pudo responder.

—Mitch tiene una profesión muy interesante, Sheila.

—¿De veras?

—Sí. Y que está muy de moda.

—¿Cuáles?

—Dígaselo, Mitch.

—Soy detective privado—

reveló Brocco. Sheila pareció recibir un golpe bajo.

—Conque era un amigo tuyo, ¿eh, papá?—

dijo, con los dientes apretados.

—Escierto, hija. Hacía tiempo que no lo veía, Mitch.

—

No mientas. Lo has conocido hoy. Y lo has contratado para que me dé protección.

—Lo necesitas, Sheila.

—

Y a discutir el asunto. Y te dije que no quiero llevar a nadie pegado a mi talón.

—¿Y si Larry Sorensen, o alguien enviado por él, te ataca?

—Me defenderé.

—Eres una mujer, Sheila.

—Y no lo lamento, te lo aseguro. Mitch Brocco carraspeó ligeramente.

—Permítame hablar y consulte con usted, señor Evans.

—Adelante— accedió Harold.

—No lo lograré convencerme, señor Brocco— advirtió Sheila.

—Escúcheme, al menos.

—Está bien, hable. Perderá lamentablemente el tiempo, pero...

—

Soy detective privado, no guardo espaldas. Quiero decir que no me interesa balar.

—¿Y por qué aceptó?

—En principio me negué.

—Escierto, Sheila— corroboró Harold.

—Mitch no quería aceptar el caso. Me costó mucho convencerle.

—¿Mucho... dinero?

—La cuestión económica no influyó demasiado en mi decisión, Sheila—

aseguró Mitch.

—¿Qué le hizo cambiar de parecer, pues?— preguntó la joven.

—

El carísimo que su padre demostró que le tiene. Más que comprarme una yuda, me supli-

—¿Enserio?

—

Sí, le estoy hablando sinceramente. No soy un vulgar guardaespaldas, pero esto
Sheila guardó silencio.

Evidentemente, las palabras del detective privado le estaban haciendo reconsiderar.
Mitch, dándose cuenta de ello, añadió:

—

No seré un estorbo para usted, Sheila. Me tendrá siempre cerca, pero no la molestaré.
La joven siguió callada.

Harold Evans, nervioso, preguntó:

—¿Acepta la protección del señor Brocco, Sheila?

—

Sí, pero a título de prueba. Si me resulta molesto o incómoda su compañía, telohará
¿De acuerdo, papá?

—De acuerdo, hija—respondió Harold, visiblemente satisfecho.

***Lascinco de la tarde.

Harold Evans y Mitch Brocco conversaban en el salón, sentado el primero en un
—¿Adónde ha ido Sheila, señor Evans?—preguntó el detective.

—No lo sé.

—¿No cree que debería averiguarlo?

—¿Usted o yo?

—Yo, que soy su protector.

—Tiene razón. Vaya en busca, Mitch. El detective se puso en pie.

—Vuelvo enseguida, señor Evans.

—

Noté que en ningún momento. Prefiero que esté con Sheila que conmigo, pues es ella la que
—Nunca se sabe—dijo Mitch, y abandonó el salón.

A los pocos segundos se le presentó Jenny, la doncella que le estaba cuidando.
—Un momento, Jenny—rogó el detective.

—¿Sí, señor Reynolds?—dijo la doncella, mirándolo con ojos escrutatorios.

—No me llamo Reynolds, sino Brocco.

—¡Oh!, sí, le ruego que me disculpe, señor Brocco. Me confundí.

—No tiene importancia.

—¿Qué desea, señor Brocco?

—Saber dónde está la señorita Sheila.

—Subióasuhabitación.

—Indícamecuáles.

Ladoncellaagrandólosojos.

—¿Vaasubirusted también, señor Brocco?

—Sí.

—Quéadelantadaestá la cosa—murmuróladoncella.

—¿Decías, Jenny?

—No, nada—

tosió la joven, quien seguidamente le indicó cuál era la habitación de Sheila.

—Gracias, Jenny.

—No hay de qué, señor Reynolds.

—¿Otravez?

—¿Qué?

—Hasvueltoallamarme Reynolds, Jenny.

—¡Oh, qué tanta estoy!—

exclamóladoncella, abofeteándose así misma con gracia

—. Lepido nuevamente disculpas, señor Brocco.

—Estás disculpada, preciosa—

sonrió Mitch, y le pellizcó la barbilla. Después echó a andar hacia la escalera.

Jenny le siguió con la mirada, al tiempo que se pasaba las yemas de los dedos por

—Me hallado preciosa—murmuró

—. Y me ha pellizcado la barbilla... Claro que, puesto a pellizcar, podía haberle

—sonrió, maliciosa—. Quizá la próxima vez...

Sheila Evans, efectivamente, se hallaba en su habitación. Sentada frente al tocador. De pronto, dieron unos golpes en la puerta.

—¿Quiénes?—preguntó Sheila volviendo la cabeza.

—Mitch—respondió el detective desde el otro lado.

—¿Qué es lo que quiere, señor Brocco?

—¿Está usted visible, Sheila?

—Sí.

Mitch abrió la puerta y entró en la habitación, comprobando que la hijade Harold

—¿Ocurre algo, señor Brocco?—preguntó Sheila.

—No, nada.

—¿Por qué ha venido en mi busca, entonces?

—Su ausencia se prolonga y me tenía preocupado.

—Subí a cambiarme.

—¿Piensas salir, Sheila?

—Sí.

—¿Adónde vamos?

—Yo, de compras. Usted, no sé.

—Compraré algo también.

—¿El qué?

—Una corbata, por ejemplo.

—No usa.

—A veces, sí.

Sheila se levantó, cogió subolso y caminó hacia la puerta.

—Está bien, venga conmigo—gruñó.

—Esmi obligación, Sheila—

sonrió Mitch, abriendo la puerta. La joven salió de la habitación y el detective las

Descendieron ambas al plantain inferior, encontrando enseguida al doncella.

—

Dile a mi padre que he salido de compras, Jenny. Y que el señor Brocco me acompaña.

—¿Qué suerte?—se le escapó al doncella.

—¿Cómo?

Jenny ya estaba tosiendo, en un intento de ahogar sus propias palabras.

—Decía que es temporada del verde, señorita.

—Pues yo no pienso comprar nada verde.

—Hará bien, porque pasará pronto de moda.

—Hasta luego, Jenny.

—Adiós, señorita Sheila. Adiós, señor Reynolds.

—¡Jenny!—exclamó Sheila, recriminándola con la mirada.

—¡Ay, se me volvió a escapar!—

dijo al doncella, cubriéndose la boca con la mano y echando a correr hacia el salón.

Mitch me tió una risita.

—Es la tercera vez que Jenny me llama Reynolds. ¿Por qué será?

—Es una chica muy despistada—dijo Sheila.

—,Vamos, señor Brocco. Mitch la siguió y salieron juntos de la casa.

El coche de Sheila, un flamante «Ford-

Cobra», estaba en el garaje, por lo que entraron en él. Sheila se sentó al volante y

La joven puso el vehículo en marcha y los acódel garaje con una maniobra digna de un

experto piloto de bólidos de Fórmula-1. Después lo dirigió hacia la carretera que

Había unos quince kilómetros hasta la ciudad.

El motor del «Ford-

Cobra» rugía, poderoso, pero a Sheila no le temblaban en absoluto las manos. Ma

—Es usted una excelente conductora, Sheila.

—Así es.

—Le gusta correr, ¿eh?

—Me encanta.

—Pues adelante, la carretera es suya.

Sheila aumentó aún más la velocidad, para verse a sí misma al detective privado, p

éstecontinuótranquiloysonriente,comosiestuvierasegurodequeel«Ford-Cobra»nopodíasufrirningúnaccidente.

¿Erauna tranquilidadreal?

¿Erasólo aparente?

Sheilase loestabapreguntando,cuandoderepentese escuchóunestallidoyel«Cobra»parecióvolverseloco.

¡Unadesusruedasdelanterashabíareventado!

¿Pinchazo?

¿Balazo?

Nopodíasaberse,porelmomento.

Yquizánosesupieranunca,porqueaSheilaleibaareultarmuydifícilcontrolar

El«Ford-

Cobra»dabaunosbandazosterribles,amenazandoconsalirsedelacarretera,v
SheilaEvans,dominadaporelpánico,sepusoachillarhistóricamente.

—¡Nosvamosamatar...!

MitchBrocco,quepensabalomismoqueella,tratódeevitarlohaciéndosecarg

—¡Déjameamí,Sheila!

Lamuchachapermitióqueeldetectiveprivadointentararecuperareldominio

Cobra»,aunqueleveníamaterialmenteimposible.

Afortunadamente,nolofue.

YnolofueporqueMitcheraunextraordinariopiloto,quesehabíavistomásdeun

Enaquellaocasióntambién,aunquelecostómásquelasanterioresrecuperarel

Sheilaestabatanasustadaque,sindarsecuentadeloquehacía,seabrazóaldete

—¡Noshemossalvado,Mitch!

Estelanzóunsuspiroyrodeóelcuerpodelamuchacha,oprimiéndolocalídame

—Porunpelo,Sheila,perolohemosconseguído.—¡Graciasausted!

¡Sillegoairsolamemato!¡Ledebolavida,Mitch!

—Yalepasarélafacturaasupadre.

Sheilaseretiróligeramenteymiróaldetective.—

Esustedunbuenprotector,nocabeduda—reconoció.—

Poresomecontratósupadre.

—Yyoquenoqueríaaceptarle...

—Rectificaresdesabios,Sheila.

—Bien,creoqueyapuedesoltarme,señorBrocco.Elsustohapasado.

—Todavíaletiemblaelcuerpo.

—Sí,esverdad.

—Salgamosdelcoche.Estirarlaspiernaslesentarábien.

—Seguro.

Descendieronlosdosdel«Ford-

Cobra»yMitchobservólaruedareventada,descubriendoinmediatamenteun

Eldetectivesepusotenso.

—Mireesto,Sheila.

—¿Elpinchazo?

—No,nofueunpinchazo.

—¿No?

—Fueunbalazo.

SheilaEvanstuvounprofundoestremecimiento.

—¿Unbalazo, dice?

—

Nos dispararon, Sheila. Con un rifle, seguramente. Había a alguien apostado cerca de la Cobra». Hizo estallar el neumático y provocó el accidente, del que salimos bien.

—¡Querían matarnos!

—

Austed. Sheila. Querían matar a lausted. Larry Sorensen... a alguien en el auto.

—¡Dios mío!—

exclamó la joven, sintiendo que se le doblaban las rodillas. Mitch, temiendo que

—No se me desmaye ahora, ¿eh, Sheila?

—Me encuentro mal, Mitch.

—

Losé. Y tiene motivos para ello. Pero debe hacer un esfuerzo por sobreponerse. V

—Siento frío, metiéndolo todo, las piernas se niegan a sostenerme...

—Si le doy un beso, seguro que reacciona.

—¿Usted cree?

—Es un remedio que nunca falla.

—Démelo, pues— pidió Sheila.

Mitch le besó en los labios, sin prisas. Después, preguntó:

—¿Ha hecho efecto. Sheila?

—Bastante— confesó la joven, que hasta podía sonreír ya.

—Estaba seguro de que la haría reaccionar— sonrió también el detective.

—Ahora, con su permiso, procederé a cambiar la rueda.

—Sí, hágalo.

Mitch le sacó la rueda de recambio y las herramientas, y puso manos a la obra. Cobra».

Mitch también vigilaba, aunque no lo parecía, pero pudo acabar su tarea sin qu

—Ya está— dijo, recogiendo las herramientas.

—Vámonos de aquí, Mitch— le premió Sheila—. Tengo miedo.

—Tranquila, que estoy yo aquí para protegerla.

—Losé, pero...

Mitch guardó las herramientas y la rueda de recambio, se limpió las manos con un tra

—Subamos al coche, Sheila. Y dejen que se vaya quien maneje el volante—

pidió.

—De acuerdo.

Se introdujeron en el «Ford-

Cobra»; Mitch lo puso en marcha y lo hizo girar. Sheila dio un respingo y exclamó

—¿Regresamos, Mitch?

—

Sí, quiero echar un vistazo a la zona elegida por el asesino para provocar el mort

Sheila se estremeció.

—¡Puede seguir allí, Mitch!

—Ojalá.

—¿Sealegraría?

—

Mucho, por que tendríala oportunidad de atraparle y saber si es Larry Sorensen.

—¡Volverá a dispararnos!

—

Yotambién voy armado, Sheila. Pero no se preocupe, no creo que el asesino contenga.

—¿Lopienso de verdad o lo dice para tranquilizarme?

—Lo primero—respondió el detective.

—Espero que no se equivoque.

Mitch guardó silencio, porque estaban llegando al lugar donde estaba el neocobra» al recibir el certero balazo.

El detective redujo la velocidad y detuvo el coche a un lado de la carretera. Unaca-

Mitch se le volvió al mano al cinturón y empuñó su arma, un revólver calibre 38.

—Qué dese en el coche, Sheila. La muchacha lo cogió del brazo.

—Tengacuidado, Mitch.

—Notema, no pasará nada—sonrió el detective, y salió del «Ford-Cobra». Sheila lo vio avanzar con precaución por entre los árboles.

Y desaparecer.

Algunos minutos después Mitch Brocco apareció aduenuevo. Sheila Evans se tran Eldetective, que yano esgrimía su arma, alcanzó la carretera y se introdujo en el Cobra».

—Eltipovoló, Sheila. Teníasucoche oculto detrás de aquel montículo.

—¿Cómo losabe?

—

Encontré manchas de aceite en el suelo. También encontré esto. Sheila miró lo que

—¿Qué es?

—

Uncasquillo de bala. De baladerifle. Eltipodisparó desde el montículo.

—Y no falló—murmuró Sheila.

—

Tiene buena puntería, no hay duda. Sólo necesitó un disparo para lograr su objeto

¿Es buen tirador Larry Sorensen?

—No lo sé.

—¿Y si se lo preguntáramos?

—¿Qué?

—Me gustaría hablar con él.

—¿Con Larry?

—Sí.

—¡Está loco!

—¿Larry?

—¡Usted!

—¿Por qué lo dice?

—¡Quiere hablar con Larry!

¡Con el hombre que estuvo a punto de matarnos a los dos!

—

No sabemos si disparó él personalmente o un enviado suyo. Y podríamos averiguar

—¡Sería como meterse en la boca del lobo!

—Y no lo tenemos a ese lobo, Sheila.

—¡Pues yo sí, Mitch, porque ahora sé de lo que escapaz!

—¿No confía en mí?

—Claro que confío, pero...

—¿Dónde vive Larry?

Sheila se mordió los labios.

—Volvamos a casa, Mitch, por favor.

—Antes hablaremos con Larry.

—

Lerecuerdo que mi padre le contrató para que me defendiera, no para que me llevase

—Agarrarelo toro por los cuernos si lamejor manera de defenderla, Sheila, créame.

Lajo venexhaló un suspiro.

—Está bien, vamos a casa de Larry—accedió.—Dígame dónde vive.

—490deFranklinStreet,apartamento15-D.
—Vamosparaallá—dijoMitch,ypusoenmovimientoel«Ford-Cobra»deSheila.

MitchBroccodetuvoelcochefrenteal490deFranklinStreetyparóelmotor.

—Esaquí,¿no?

—Sí—respondióSheilaEvans,visiblementenerviosa.

—TalvezLarrynoestáencasa.

—Síestá.

—¿Cómolosabe?

—Sucocheestáahídelante.

—¿Cuáles?

—El«Dodge»azul.

MitchobservóelvehículodeLarrySorensenydijo:—

Debióvenirdirectamenteasuapartamento,despuésdereventarelneumático.

—¿Piensasgolpearle?—preguntóSheila.

—Sólosiélmeobliga.

—Larryesuntipofuerte,Mitch.

—Yotambiénlo soy,nosepreocupe.Vamos,abajo.Salierondel«Ford-

Cobra»yeldetectiveseacercóal«Dodge»deLarrySorensen.Echóunvistazoasu

Sheilaseacercótambién.

—¿Québusca,Mitch?¿Elfusilconelquenosdispararon?

—Hubierasidodemasiadasuerteencontrarlosobreelasientotrasero,
¿nocree?—

sonrióeldetective.

—Desdeluego.

—SubamosalapartamentodeLarry—

dijoMitch,cogiéndolafamiliarmentedelbrazo.Penetraroneneledificioysen-

D.

ElnerviosismodeSheilasehabíaacentuado.Mitchlevioestrujarliteralmentee

—Lovaadestrozar,Sheila.

—¿Qué?

—Elbolso,queselovaacargar.

—Estoymuynerviosa,nopuedoevitarlo—

confesólamuchacha,antesdellevarseelbolsoalabocayclavarlelosdientescon

Mitchsedisponíaahaceruncomentario,perosecontuvoalverquelapuertasea

LarrySorensen.

Larrylamiróasuvez.

Llevabaunacopaenlamanoderechaycasiselecaeacausadelasorpresa.

—Sheila...—pronunció,muybajito.

Mitch,alverleconlacopaenlamano,dijo:

—Celebrandoelreventón,¿"Eh?Larrysefijóenél.

—¿Cómodice?

—Queestácelebrandoelreventóndelaruedadelanteradel«Ford-

Cobra»deSheilayelsupuestoaccidente,enelqueSheiladebíaperderlavida.Yt

ElrostrodeLarrySorensendenotódesconcierto.

—¿Quiénesestetipo,Sheila?¿Ydequédiablosestáhablando?

—

MellamoBroccoyestoyhablandodeldisparodefusilquehizoestallarelneumá

—¿Disparodefusil?

—

Sí,uncerterobalazo,enviadodesdeunmontículopróximoalacarretera.Encon

¿Fueusted,Larry?

—¿Yo?

—UstedamenazóestamañanaaSheila.Dijoquesevengaría.

LarrySorensencompusoungestofuriososoltóelpuño,peroMitchBrocco,que

SeescuchóunchasquidoyLarrysaliódespedido,perdiendolacopaantesdeestr

Lacopa,degruesocristal,resistióelgolpeynoserompió,perolabebidasdespa

—Entremos,Sheila—

indicóMitch,penetrandoenelapartmentodeLarrySorensen.Sheilaleimitóy

Larryyaseestabaincorporando,rabioso.

—¡Melasvasapagar,Brocco!

—Mejorseráqueconfíeses,Larry.

—¿Queconfíesequé?

—Quedisparastecontralaruedadelanteradel.«Ford-

Cobra»...oquelohizoalguienenviadoporti.

—¡Bastardo!—rugióSorensen,yselanzósobreeldetective.

Mitchrecibióunpuñetazoenlabarbilla,peroélgolpeópordosveceselrostrode

Sheilapermanecíapegadaalapuertayseguíaestrujandosubolso,terriblemen

Larryseestabaponiendootravezenpie.

Antesdequelaatacara,Mitchloapuntóconeldedoydijo:

—Teconvienehablar,Larry.Teahorrarásgolpes,caídasydolores.

—¡Túvasarecibirmásgolpesqueyo,maldito!—

ladróSorensen,yselanzódenuevosobreeldetective.

Mitchlofrenóconungolpedederecha,propinadoenlacara,perocuandosedisparó.

—¡Mitch!—exclamóSheilaalverenelsueloaldetective.

Broccohizoademándelevantarse,peroSorensensearrojósobreélcomounafigura.

—¡Tevoyadestrozar,fantoche!

MitchvioqueelpuñodeLarrycaíasobresucaracomounmartillopilónylaapartó.

Larryaullócuandosupuñoseestrellócontraelsuelo,porquefaltópocoparaque.

Mitch,naturalmente,aprovechólacircunstanciaparaconectarunzurdazoalruido.

Larrynoselevantó.

Ledolíademasiadolamuñecaderecha.Mitchvolvióaapuntarleconeldedo.

—¿Hablarásahora,Larry?

—¡Vetealinfierno,maldito!—relinchóSorensen.

—

AllíirásaparartúcomonoteolvidesdeSheila,porquenodejaréquelamates.Nit.

—¡YonodeseoqueSheilamuera,Brocco!

—Laamenazaste.

—¡Peronodemuerte!

—

Pueselaccidentehubierasidomortal,denohaberlogradoyocontrolarelcoche.

—¡Yonosénadadeeso!¡Nodisparésobrelaruedadelanteradel«Ford-Cobra»nienvíeanadieparaquelohiciera!

—Mientes.

—¡Eslaverdad,lojuro!

—Notecreo,Larry.YSheilatampoco.

—Desdeluegoqueno—hablóla joven.Larrylamirófijamente.

—¿Deverdadmecreescapazdeasesinarte,Sheila?—Sí,paravengarte.

—¡Deseabavengarme,escierto,peronoasí!

¡Elasesinatónopasóenningúnmomentopormicabeza,teloaseguro!

Mitchtomólapalabradenuevo:

—¿Quépensabashacerle,Larry?

Sorensen,trasunossegundosdesilencio,respondió:—

Asaltarla.Sorprenderlacualquierdíay...

—Continúa,Larry.

—

Teníaintencióndeabusardeella.Degolpearla,demaltratarla,dehumillarla...

—¡Eresuncerdo,Larry!

—Puedequesí.¡Peronosoyunasesino!

—También eres eso, Larry—dijo Mitch.

—¡No, malditasea!—siguió negando Sorensen—.

¡Odio a Sheila, por lo que me dijo y por lo que me hizo, pero sería incapaz de matar

—Lo intentarás de nuevo, lo sé. Tú o a alguien pagado por ti. Pero lo intento quien lo

intente, fracasará, porque yo estaré allí para defender a Sheila. No lo olvides, I
Mitch cogió del brazo a Sheila.

—Vámonos. Vera y Stegusanome producen áuseas—rezongó.

—Yamí—dijo la muchacha.

Mitch abrió la puerta, y él y Sheila abandonaron el apartamento de Larry Sorensen.

Mientras descendían en el ascensor, Mitch Brocco se le volvió la mano al mandíbulo.

—Larry pegado—masculló.

—Usted también, Mitch—dijo Sheila Evans—, Pudo con él.

—

Le vencí, escierto. Pero seguimos sin saber si efectué a Larry con el rifle.

—Larry niega ambas cosas, yalo oyó.

—Es natural. Pero nosotros sabemos que es el responsable de lo que pasó.

¿Violó a la que pusó cuando abrió la puerta?

—Sí.

—La dejó a la muerte.

—Seguro.

El ascensor llegó abajo y Mitch y Sheila salieron de él, cruzaron el portal y se internaron en el «Cobra». Antes de ponerlo en movimiento el detective dijo:

—

Amenacé a Larry para que si conseguía meterle el miedo en el cuerpo que se olvidara.

—Pienso lo mismo. Larry no se resignará, volverá a intentarlo.

—Peor para él.

—

Opa, mí, porque si la cosa sale bien me voy a en el cementerio. Mitch le cogió el brazo.

—Larry no logrará su objetivo, se lo aseguro. Yo lo impediré.

—Le quedaré muy agradecida.

—¿Cómo se siente, Sheila?

—En este momento, bien. ¿Por qué lo pregunta?

—Por darle el trozo.

—¿Sólo le basta a las mujeres que se sienten mal, Mitch?

—No, la verdad es que beso a todas las que me gustan—

respondió el detective, y unió la boca a la de ella.

Sheila se dejó besar.

Después, Mitch preguntó:

—¿Realizamos las compras o volvemos a casa?

—No me siento con ánimos de comprarme nada—confesó Sheila.

—A casa, entonces—dijo el detective, y puso el coche en marcha.

*** Harold Evans había palidecido.

Acababa de ser informado de lo sucedido por Sheila y por Mitch.

—Ya le dije que Larry Sorensen era capaz de cualquier cosa, señor Brocco

—recordó—. Hasta de asesinar a Sheila.

—No se equivó usted, señor Evans. Ese tipo es un mal bicho.

—Lointentarádenuevo,estoyseguro.

—

Yotambién.Perovolveráafracasar,porqueestaréalertaentodomomentoyno

Haroldsonrióligeramente.

—Hicebienencontratarle,¿verdad,Sheila?

—Desdeluego—asintiólamuchacha

—.Yonoqueríasuprotección,peroahorareconozcoquehubierasidounerror

—¿Yanoestáatítulodeprueba,entonces?

—Porsupuestoqueno.Mequedoconél,papá—

sonrióSheilamirandoaldetective.

—Nosearrepentirá—aseguróMitchmirándolaasuvez.

—Supelegir,nohayduda—dijoHaroldprofundamentesatisfecho.

Despuésdecenar,MitchySheilasalieronaljardínatomarunpocoelfresco.Elde

—¿Leapetecefumar,Sheila?

—Sí,gracias—respondióella,cogiendouncigarrillo.

Mitchesperóaqueaselollevaraaloslabiosyentoncesaccionósuencendedordeg

Sheilaloencendióyexpulsóelhumo,siendoimitadaporeldetective.

—Haceunanocheespléndida,¿verdad,Mitch?

—Sí.

—Lástimaquetengamosproblemas.

—Sesolucionaránpronto,yaverá.

—¿Ustedcree?

—

Estoyseguro.LarrySorensendebeentirsefurioso,porsufalloyporlosgolpesq

Sheilarespingó.

—¿Lecreecapazdeintentarasesinarmeenmipropiacasa?

—

Bueno,nocabedudaqueseríamásarriesgadoparaél,oparaeltipoqueactúaens

Sheilaloagarródelbrazo.

—¡Nomeasuste,Mitch!

—

Notieneporquéasustarse,Sheila.Puedeusteddormirtranquila,porqueyoesta

—Aunasí,nocreoquepuedapegarojoestanoche

—

Si haceeso es queno confíatotalmenteenmi.Sheilasemordióellabioinferior.

—Perdóneme,Mitch.

—

Laperdonaréporlamanana,cuandomehayainformadodequedurmiótodal

Sheilasonrió.

—Haré todo lo posible por conciliar el sueño, se lo prometo.

—Seguro que lo consigue—

dijo Mitch, y se dispuso a besarla en los labios.

Casi los rozaba ya con los suyos, cuando algo destelló al lejos, entre los árboles.

Podía ser cualquier cosa, pero en lo primero que pensó Mitch fue en el cañón de un

Sin dudar, le un segundo empujó a Sheila y la hizo caer, cayendo él también sobre

La acción del detective no pudo resultar más oportuna, ya que justo en aquel momento

La muchacha, que no entendía por qué el detective la había derribado de un ama-

—¡Nos disparan, Mitch!

—¡Es o parece!

—¡Es el asesino!

—¡Naturalmente! ¡No iba a ser el cobrador del gas!

Sonaron los dos disparos, muy seguidos, pero las balas no alcanzaron su objetivo.

De algo sirvió, sin embargo, porque el tipo dejó de disparar. Mitch advinó que el

—¡No es nueva, Sheila! ¡Siga pegada al suelo!

—¿Qué va a hacer, Mitch?

—¡Intentaré atrapar al asesino!

—¡No vaya a subirse, Mitch! ¡Es muy peligroso!

—¡No tema!

—¡Mitch!—

gritó Sheila tratando de retener al detective pero no lo consiguió.

Mitch Broccose había apuesto en pie de un salto y ya corría en pos del asesino, enco-

De pronto se escuchó el motor de un coche.

El del asesino.

Mitch maldijo hacia sus adentros y corría aún más rápido, sin ninguna precaución.

Llegó a tiempo de ver el coche del asesino alejándose a toda prisa del lugar. Dispa-

Mitch falló los disparos, pero no lo lamentó demasiado, porque su intento de atra-

Había visto su coche. Era un «Dodge».

Un «Dodge» azul.

Y Larry Sorensen tenía un «Dodge» azul.

No había encontrado a nadie para asesinar a Sheila,
¡quería hacerlo personalmente. Mitch regresó a la casa, saltó nuevamente la valla.
El detective la cogió del brazo y la tiró de ella.

—¡Vamos, Sheila!

—¿Adónde?

—¡A casa de Larry!

¡El fue quien disparó sobre la rueda delantera del «Ford-Cobra» y quien nos disparó hace unos minutos!

¡Pude ver su coche cuando huía!—

explicó Mitch mientras sacaba a Sheila del jardín.

El«Ford-

Cobra»deSheilaEvansrodabayaporlacarretera,agranvelocidad.Nolocondu

—¿Esquequierealcanzarel«Dodge»deLarry?—

preguntólamuchacha,traslaúltimacurvatomadaporeldetectivedeunaforma
Mitchsonrió.

—¡Seharáloquese pueda!

—¡Nosllevademasiadaventaja,yustedlosabe!

—¡Cierto,peromeurgellegaralapartamentodelarry!

¡Tengomuchasganasdeatraparlo!

—¿Cómosabequesedirigehaciaallí?

—¡Eslomáslógico,Sheila!

¡Despuésdesufallonovolveráaintentaracarbarconustedestanoche!

¡Sabequeestamosalertadosyasileresultaríamuydifícil!

—

¿Creequehubieraacertado,denohabermederribadoustedtanoportunament

—¡Lomásprobable!

—¡Mesalvódenuevolavida,entonces!

—¡Asíes!

—¡Ledebounbeso,Mitch!

—¡Selorecordaréensumomento,nolodude!

Rieronlosdos,peroMitchlo hizosindescuidarlaconduccióndel«Ford-

Cobra,porqueaaquellavelocidadelmenordescuidopodíaresultarfatal.

El«Dodge»deLarrySorensentambiéndebíadecorrerlosuyo,puesapesardelav

Cobra»nopudodarlealcance.

CuandoMitschySheilavieronel«Dodge»azuldeLarrySorensen,elvehículo sehallaba

yaestacionadofrenteal490deFranklinStreet.

Eldetectiveestacionótambiénel«Ford-

Cobra»,detrásdelcochedeLarry,yextrajosurevólver.

—Tengoquerecargarelarma.Gastétodaslasbalas.Sheilanodijonada.

Estabamuy nerviosa.

Másaúnquelaotravez.

Mitchrecargósurevólverconrapidezylodevolvióalafundaquelllevabaacopla

—Vamos,Sheila.Lajovenvaciló.

Eldetective,dándosecuentadeello,preguntó:

—¿Prefierequedarseenelcoche?

—

Measustaloquepuedaocurrirarriba,perocreoquevayasubirconusted,Mitch.

—Sitienemiedoaguardeaquí.

—No,noquieroquedarmesola.

—Comoprefiera.

Descendieronlosdosdelcocheypenetraroneneledificio,yendodirectamente

ascensor. Se introdujeron en él y subieron a la cuarta planta. Cuando salieron

D.

Mitch pegó su oído a la puerta y lo mantuvo así casi un minuto.

Después retiró su oreja de la hoja de madera y murmuró:

—No se oyen nada.

—Se había acostado ya—pensó Sheila.

—

No, no lo creo. No debe de llevar más de cinco minutos en casa. Y debe de estar ab

—Eso es verdad.

—Si no estuviera echado el cerrojo...—

murmuró el detective, y probó a abrir. Sorprendentemente para él, el cerrojo no

La puerta se había abierto un par de centímetros.

Mitch miró a Sheila.

—Podemos entrar—dijo, en voz baja

—. Lo haré yo en primer lugar, Sheila.

—De acuerdo—

susurró la joven, y se llevó el bolso alaboca para morderlo. Mitch empujó su aven

Las luces estaban encendidas, pero no vio a Larry Sorensen.

El detective empujó la puerta un poco más y se coló en el apartamento. Con el gest

La muchacha obedeció y Mitch cerró la puerta con suavidad.

De nuevo con el gesto, el detective le dijo a Sheila que se quedara allí, junto a la pu

El silencio era absoluto. Extraño.

Sospechoso.

Mitch, desde luego, no se fiaba un pelo y avanzaba con todos los sentidos alerta.

La puerta del dormitorio de Larry se hallaba entornada y se veía la luz en la habita

No había falta, porque Larry Sorensen yacía de bruces en el suelo, sobre un ranchar

de sangre, lo que daba a entender que estaba muerto. Y así era.

Mitch Brocconopodía creer lo que sus ojos estaban viendo.

La sorpresa era tan grande que tardó casi un minuto en reaccionar.

—¡Sheila!—llamó.

Lajovenrespingó junto a la puerta, por que la voz del detective había sonado con

—¿Sí, Mitch?—respondió, haciéndose simpático gallo con la voz.

—¡Venga en seguida!

Sheila corrió hacia el dormitorio de Larry Sorensen.

—¿Qué ocurre, Mitch?

El detective, que ya se hallaba en el interior de la habitación observando de cerca

—¡Larry está muerto!

Sheila se quedó clavada en el umbral del dormitorio.

—¿Muerto?—exclamó, con ojos dilatados.

—Sí, se lo han cargado.

—¿Quién?

—El asesino.

Sheila abrió la boca cómicamente.

—¿El asesino?

—

Sí, él disparó sobre Larry. Le alojó tres balas en el pecho. Abocajarro, según pare

—

rezongó el detective, que había puesto el cadáver boca arriba. Sheila, cada vez m

—¿Pero el asesino no era Larry?

—No, estábamos equivocados.

—¿Cómo los sabe?

—

Porque el cuerpo de Larry está frío. Lleva muerto más de una hora. Tal vez dos. Y s

—explicó Mitch.

Sheila Evans se volvió, para no seguir contemplando el cuerpo sin vida de Larry Sorensen, pero continuó abominado por la perplejidad y el desconcierto.

Mitch Brocco volvió a dudar cómo estaba, es decir, boca abajo, sobre Cobra» o que hubiera enviado a alguien para hacerlo. El detective salió de la habitación, entornó la puerta y cogió del brazo al hijado Harold Evans.

—

Salgamos de aquí, Sheila. No quiero que me culpen de la asesinato de Larry Sorensen.

El la miró, extrañada.

—¿Austed?

—

Lapolicía es muy desconfiada y sospecha del primero que encuentra. Nosotro

—Diosmío...

Mitch la llevó a la puerta.

Antes de abandonar el apartamento, el detective borró con su pañuelo la huella

Después fueron rápidamente hacia el ascensor, se metieron en él y Mitch pulsó el

Llegaron abajo, salieron del ascensor, ganaron la calle con prontitud y se introdujeron

Cobra», aunque el detective no lo puso en marcha.

Miró el «Dodge» azul de Larry Sorensen. También Sheila.

Y fue ésta la que recordó:

—¿No dijiste que vio el coche de Larry, cuando huía?

—Sí—respondió Mitch.

—Se equivocó, pues.

—Puede que no.

—

Mitch, si Larry estaba muerto no pudo coger su coche y llevarlo hasta las proximidades

—Y así que no. Pero pudo cogerlo él mismo, después de liquidar a Larry.

—¿Y para qué iba a cogerlo él mismo el «Dodge» de Larry?

¡Seguro que el tipo tiene coche propio!

—Por supuesto.

—¿Entonces?

—
No losé, Sheila. Lo que sí es que el tipo que nos disparó cuando estábamos en el...
Sheila se le volvió las manos al asienas.

—
No entienden nada, Mitch. Y me empieza a doler la cabeza de tanto pensar.

—
Un acosa ha quedado clara. Larry Sorensen quería vengarse de usted, como él mismo.
¿Quién? ¿Por qué?

Larry Sorensen tenía un motivo para desear vengarse: lo sucedido esta mañana.

¿Quién más puede tener algún motivo para desear matarla, Sheila?

—Nadie.

—¿Está segura?

—Sí.

—
No se sue le asesinar a alguien sin motivo, Sheila. Cuando una persona mata a otro...

—Que yo sepa, a mí sólo me odiaba Larry. Y desde esta mañana, por lo que pasó, no
antes. Encanto a lo que debe beneficiarse con mi muerte, puede descartarlo también,

—Supadrees un hombre rico, Sheila.

—¿Y qué?

—
Pues que cuando él muera usted heredará todo su dinero, porque es su única hija.

—
Mi padre aún no ha cumplido los cincuenta, Mitch. Yes un tipo muy sano. Aún le...

—Ustedes muchomás joven que él y también está san como una manzana. Sin

embargo hoy ha estado a punto de morir. Y por dos veces. Sheila se quedó mirando...

—¿Qué quiere decir?

—
Pues que si la razón de los atentados fuera el dinero de su padre él también lo sufriría.

¿Me entiendes, Sheila?

La joven, que se había estremecido perceptiblemente, musitó:

—Sí.

—¿Existe algún otro heredero, Sheila?

—Sí.

—¿Quién?

—Tía Evelyn.

—¿Un hermano de su padre?

—No, de mi madre.

—Hábleme de ella, se lo ruego.

—Mitch, no creo que tía Evelyn...

—No importa lo que usted crea, Sheila. Vamos, hábleme de su tía—
insistió el detective.

—
Está bien. Tía Evelyn tiene actualmente cuarenta años de edad, cuatro menos de

—¿Cuánto hace que murió su madre, Sheila?

—Cinco años.

—Falleció muy joven, pues.

—

Sí, aún no había cumplido los cuarenta. Se llamaba Sarah y era una mujer bella, s

—¿De qué falleció?

—Padecía una grave dolencia cardíaca.

—Pobre mujer. Si gahablándome de la hermana de su madre, Sheila—
pidió el detective.

—

Tía Evelyn también es una mujer atractiva, pero no tuvo suerte en su matrimonio

—¿Qué pasó?

—

Se casó con un tal Ken Harper, pero al año justoyase había divorciado. Nos lle

—¿Lave usted a menudo, Sheila?

—

No, la verdad es que no vemos muy de tarde en tarde. Tía Evelyn nos suele venir p

—¿Por qué?

—

No le gusta la clase de vida que lleva tía Evelyn. Es de que salga con hombres sólo

—¿Usted qué opina, Sheila?

—

Tampoco me gusta demasiado, la verdad. Tía Evelyn es una mujer hermosa, y al
¿no cree?

—Estoy completamente de acuerdo—

sonrió ligeramente el detective. Sheila suspiró.

—Bien, yalehedichotodo lo que sé de tía Evelyn, Mitch.

—Una pregunta. ¿Se conocían Larry Sorensen y tía, Sheila?

La muchacha aggrandó los ojos.

—¿Conocerse Larry y tía Evelyn?

—Sí.

—¿Por qué me hace una pregunta tan disparatada?

—

Recuerde que el asesino se cargó a Larry Sorensen, lo que viene a demostrar que

—
¿Y por qué mató el asesino a Larry, si realmente deseaba utilizarlo como sospechoso?
—repuso la joven.

Mitch se mesó el cabello.

—Buena pregunta, Sheila.

—No tienes respuesta para ella, ¿verdad?

—Sinceramente, no. A no ser que...

—Hable...

—
Bueno, estaba pensando que, tras nuestra visita a Larry, éste volvió a hablar con la «Cobra» habíasido cosas suyas. Y el asesino, al verse descubierto, no tuvo más remedio que liquidar a Larry para que no pudieran delatarle.

—Interesante teoría—murmuró Sheila.

—Habrá que hablar con tía Evelyn—dijo el detective.

—¡Ella no conocía a Larry, Mitch!

—
No importa. Insisto en hablar con su tía. Aunque sólo se apor que heredaría todo el dinero.
—dijo Mitch, y puso el «Ford-Cobra» en funcionamiento.

Antes de dejar Franklin Street, Mitch Brocco preguntó:

—¿Dónde vives tú, Sheila?

—No se lo pienso decir—gruñó la hija de Harold Evans.

Mitch detuvo el «Ford-Cobra» con brusquedad y la miró seriamente.

—
Sheila, por favor. Están en juegos sucios. Y también la mía, por ser su protector. Y si

—
Eso último es sólo una teoría, Mitch. Una teoría a suya que yo rechazo de plano, por

¿Opiensas que disparó ella personalmente sobre la rueda delantera del micrófono?

El detective meneó la cabeza.

—
No, estoy seguro de que ella no maneja el rifle. Pero sí pudo, como usted misma

—¡No puedes pensar eso de mí, Mitch! ¡Y me duele que lo pienses usted!

—
Y no la estoy acusando, Sheila. Me he limitado a señalar que resultaría beneficioso

—
¡Le repito que tú Evelyn eres incapaz de planear mi muerte y la de mi padre, Mitch!

—
Sólo quiero hablar con ella, Sheila. Sabes bien que a alguien le relaciona con Larry Soren

—¡No se conocían, y así lo he dicho!

—¿Cómo los sabe usted?

¿Le preguntó a alguien la vez que Larry se conocía a usted Evelyn?

—No, pero...

—¿Se lo preguntó a usted?

—No.

—
¿Cómo puede afirmar, entonces, que no existía ninguna relación entre ellos?

—¡Estoy segura! ¡Larry me lo hubiera dicho!

—Tal vez no le convenía.

—¿Por qué?

—
Si su relación con Evelyn era, o había sido, íntima... Sheila abrió mucho los ojos

—¿Se refiere a....?

—
Según usted, Evelyn Fosley es una mujer hermosa y atractiva. Y Larry Sorense

—¡Pues yo no! ¡Amíseme tanto que se dispare!

—¿Por qué?

—¡Tía Evelyn tiene cuarenta años! ¡Y Larry sólo tenía veintisiete!

—
No es tanta la diferencia. Yo tengo veintinueve años, y si una cuarenta no aguanta

formadasemeinsinúa, melallevaalacamasindudar.

—¿Deveras?

—Sí.

—

Olvídesedequeledebounbeso, pues. Nome gustan los tipos que se acuestan con Mitchríoyle pasóel brazo por los hombros.

—Nose enfade, Sheila. La verdad es que las prefiero de veintitantos años.

—Esolodiceahora, paracongraciarseconmigo.

—Deverasqueno.

—Nome acerquelacara, quenopiensodejarmebesar.

—Loprometidoesdeuda, Sheila.

—Simebesaletirarédelpelo, seloadvierto.

—Nomeharáningúndaño, pormuyfuertequetire.

—¿Porqué?

—Llevobisoñé—dijo Mitch, ylabesó.

Sheila, perpleja por lodelbisoñé, sedejóbesar.

Algunos segundos después, sin embargo, al zabalamanoy laposabasobrelacaba

Mitch separó subocadelade ellay arrugó lacara.

—¡Ay!

Sheila, sinsoltarle el pelo, sonrió y exclamó:

—Conquebisoñé, ¿eh?

—¡Erasólounabroma, Sheila!

—Deberíadejarle calvodeverdad, porbesarmesinmiconsentimiento.

—Laculpalatieneusted.

—¿Yo?

—Sí, porsertanhermosa. Nuncamehabía gustado tantounamujer.

—Adulador.

—Quememueraderepentesimiento.

—¡No, esono! ¡Me quedaríasin protector! Mitchríoylabesódenuevo.

Pudohacerlo perfectamente, porque Sheila ya le había soltado el pelo. Ella, además, le

devolvió el beso, demostrándole que yano estaba enfadada. Después semiraron

—Cómome alegro de haber aceptado este caso— confesó Mitch.

—¿Porqué?

—

Entre otras cosas, porquemeproporcionaráfamay prestigiosilosoluciono, yaq

—Estoyseguradequeloconseguirá.

—Necesito hablarconsutía, Sheila.

—

Piensoqueperderáeltiempo, pero lle llevaréasucasa. No quiero quediga que ent

—Gracias.

—Vive en el 910 de Cranston Avenue.

—Otrobesoyvamosenseguidaparaallá.
—Sóloledebíauno,Mitch.
—Arránquemeelbisoñé,siquiere—
sonrióeldetective,yvolvióabesarla.

El«Ford-

Cobra»acababadedetenersefrentealacasaddeEvelynFosley.Unacasabonita,n

—Esaquí,¿no?—dijoMitch.

—Sí—respondióSheila.

—Hayluzenlacasa,loquedemuestraqueEvelynseencuentraenella.

—Efectivamente.

—Bien,vamosahablarconella.Sheilalocogiódelbrazo.

—Unmomento,Mitch.

—¿Quéocurre?

—

QuieroquemeprometaquenoacusaráatíaEvelyn.Seríaterriblementeviolento
Mitch,trasunossegundosdemeditación,diounacabezadadeasentimiento.

—Estábien,nolaacusaré.

—Gracias.

Descendierondel«Ford-

Cobra»ycaminaronhacialapuertadelacasa.FueSheilalaqueoprimióeltimbre

MediominutodespuéslapuertaseabrióyEvelynFosleysedejabaver,envuelta

AMitchcasiseleescapaunsilbido,porquelatíadeSheila,peseahabercumplido

EvelynFosleydenotósorpresaalverasusobrina.

—¡Sheila!

—Hola,tíaEvelyn—

sonriólamuchacha,esforzándosepordisimularsunerviosismo.

—¿Cómotúporaquí,aestashoras?

—

Séqueesunpocotardeparahacervisitas,pero...EvelynsefijóenMitch.

—¿Quiénes,Sheila?

—MitchBrocco,unamigomío.

—Detectiveprivado,deprofesión—

añadióMitch,paraavercómoreaccionabalatíade

Sheila.

EvelynFosleyrespingó.

—¿Detectiveprivado?

—Sí,contratadoporelseñorEvansparaevitarquematenaSheila.

—¿Qué...?

Lohan intentado y a dos veces, pero el asesino fracasó. Evelyn Fosley boqueó.

—¿De qué está hablando tu amigo, Sheila?

Eslaverdad, tía Evelyn. Alguien se ha empeñado en enviarme al cementerio antes.

—¡Qué horror!

—De eso hemos venido a hablarte, tía Evelyn.

—Pasad, por favor. Y contádmelo todo. Sheila y Mitch entraron en la casa.

Evelyn cerró la puerta y los hizo pasar al living, endonde se sentaron los tres. Mitch.

Sheila, en el sofá; Evelyn, en un sillón.

Labatadela exuberante cuarentona se abrió por abajo sus hermosas piernas que

—Contadme, Sheila—rogó Evelyn.

Lamuchachafue a hablar, pero Mitch se le anticipó:

—Antes me gustaría hacerle una pregunta, Evelyn.

—Adelante, Mitch.

—¿Conoce usted a un tal Larry Sorensen?

—¿Larry qué...?

—Sorensen; Larry Sorensen. Evelyn Fosley movió la cabeza.

—No, no conozco a nadie que se llame así.

—¿Está segura?

—Desde luego. ¿Por qué me lo pregunta, Mitch?

Era un amigo de Sheila. Un pretendiente, para ser exactos. Y digo «era» porque ya

—¿Qué...?

Está mi tía tarde. Le dispararon tres tiros desde muy cerca, en su propio apartamento.

—¡Qué espanto!

Le he hablado de Larry Sorensen porque todo empezó a raíz del incidente que Sheila

—indicó el detective.

Lamuchachase lo refirió.

También le habló del primer atentado, de la visita a Larry Sorensen, del segundo

Evelyn la escuchó con mucha atención, pero Mitch, muy pendiente de ella, pudo

comprobar que en ningún momento mostraba esos nerviosismo que suele delatar a un inocente... os sabía controlar muy bien. Cuando Sheila concluyó, Evelyn

—

Necesito un trago, después de oírlo que he oído. Y creo que vosotros también.

¿Meequivoco?

—No—respondió Mitch, con una ligera sonrisa.

Evelyn se acercó al mueble-

bar, preparó tres copas y regresó con ellas. Después de ofrecer a Mitch y Sheila las

—Brindemos por la pronta detención del asesino.

—De acuerdo—respondió el detective

—Pero antes haga un intercambio de copas con

Sheila, Evelyn—

pidió, cuando ya le deseable cuarenton a selleva balasuya a los labios.

Evelyn Fosley se quedó muy quieta.

—¿Que haga qué...?—preguntó, con cara de no comprender.

—Un intercambio de copas con Sheila—repitió Mitch Brocco.

—Usted bebe de la copa de Sheila, y ella de la suya.

—¡Mitch!—exclamó Sheila Evans, censurándole con lamirada.

—Silencio, Sheila—rogó el detective.

—¡Me prometió usted que...!

—Por favor, cálese. Es Evelyn la que debe hablar.

Evelyn Fosley, que se había vuelto a sentar en el sillón, seguía con cara de descon-

—No entiendo nada. ¿Qué está pasando aquí?

¿Por qué he de beber en la copa de

Sheila, y ella en la mía?

—Un capricho mío—respondió Mitch.

—¿No será que es usted supersticioso?

—Lo diviné.

—Parece mentira.

—

Me avergüenzó de ello, créame, pero no puedo remediarlo. Si no coge usted la co-

Evelyn apretó los labios.

—Creo que me está usted tomando el pelo, Mitch.

—Le aseguro que no.

—Está bien. Dame tu copa, Sheila—

gruñó la atractiva cuarentona, ofreciéndole la suya. Sheila miró con dureza al de-

—Estonoselo perdonaré nunca, Mitch.

—Obedezca—pidió él.

Sheila aceptó la copa de su tía y le entregó la suya.

Alcogerla, concierto brusquedad, Evelyn no sujetó bien la copa y ésta escapó de-

La copa se rompió y su contenido se esparció velozmente por el suelo.

—¡Maldita sea!—exclamó Evelyn, como muy enfadada—.

¡Tu amigo el detective me ha puesto nerviosa, Sheila!

—Losiento de veras, tía Evelyn—

respondió la muchacha, fulminando con lamirada a

Mitch.

—No pasan nada—dijo el detective, con irónica sonrisa.

—Le cedo mi copa, Evelyn.

—Gracias, pero prefiero servirme otra—

masculó la cuarentona, levantándose del sillón. Mitch se irguió también y le ter-

—

Insisto en que beba de ésta, Evelyn. Y procure que no se le caiga también, porque

—¡Mitch!—gritó Sheila, brincando del sofá.

—¿Qué está insinuando tú detective?—exclamó la divorciada.

—¡No le haga caso, tía Evelyn!

—¡Sospechademi!

—Dejarédesospecharsi bebedemicopa—dijo Mitch.

—¡Qué ofensa, Diosmío!

—Noleeche tantoteatroalacosay beba, Evelyn—insistió el detective.

—¡Ni un sorbo!—rugió la cuarentona, soltándole un zarpazo al copa.

Mitch anduvo listoy la apartóatiempo, impidiendo que Evelyn se la arrancara de

—¿Sedacuenta, Sheila?

¡Sutíatratade eliminarlapruebaquetenemos contraella!

—¡Eso es falso!—gritó Evelyn, intentándolo de nuevo.

Mitch levantó mucho la copa y evitó que el segundo zarpazo de la divorciada res

—¡Quieta, fiera!—

exclamó, empujándola con su mano libre. Evelyn cayó sobre el sillón.

Labata, en esta ocasión, se le abrió mucho más, tanto por abajo como por arriba, así

que, además de sustentadoraspiernas, mostró buena parte del busto. Mitch clav

—Casinada...

Evelyn se cerró labata, furiosa, pero sólo por arriba.

—. ¡Suciobastardo!—barbotó.

—Insúlteme cuanto quiera, Evelyn pero si gasentada en ese sillón—ordenó el detective.

—¡Estoy en mica say haré lo que me salga de las narices!

—No me obligue a mostrar meduro con usted, Evelyn.

—¿Lo está oyendo, Sheila? ¡Tu amigo me está amenazando!

Sheila no dijo nada.

El hecho de que sutía hubiera intentado, por dos veces, arrancar le la copa a Mitch

El silencio de su sobrina enfureció aún más a la divorciada.

—¿Es que lo vas a permitir, Sheila?

¿Vas a consentir que me ofenda y me humille de esta manera?

Sheila se mordió los labios.

—¿Por qué no quieres beber de su copa, tía Evelyn?

—¡Porque no me da gana!

—Yoselo diré, Sheila—intervino Mitch

—. No quiere beber de mi copa porque le echó un drogao al gopeor. También lo

—¡Eso es mentira!—rugió Evelyn, saltando del sillón.

Mitch la empujó de nuevo y la hizo caer otra vez sobre el sillón, provocando unas

—¡Salvaje!—gritó, con ojos llameantes.

—Léjeme que no se levantara.

—¡Al infierno!

—¿Qué echó en nuestras copas, Evelyn?

—¡Nada!
—Será mejor que confiese.
—¡No tengo nada que confesar!

—
Está atrapada. No tienes salida, Evelyn. Suplanse han venido abajo con este nuevo

—¿Qué plan?
—Eliminar a Sheila, matar después a su padre y heredar todos sus dineros.
—¡Eso es un disparate!
—Conocía usted a Larry Sorensen, ¿verdad?
—¡Y aledije antes que no!
—Mintió. Le conocí y tenía o había tenido relaciones íntimas con él.
—¡Eso es absurdo!

—
Por Larry supuestamente lo que había pasado esta mañana entre Sheila y él. Y decidí

—¡Nada de lo que dice es cierto, detective estúpido!

—
Contrató usted a alguien para que eliminara a Sheila. Y ese alguien mató a Larry,

«Ford-Cobra». ¿O lo mató usted personalmente, Evelyn?

—¡Está usted loco si piensa eso, Mitch!

—
Veremos qué opina la policía, cuando en el laboratorio analicen la bebida que co

—¡No eché nada en ella!

—Entonces, beba.

Evelyn, tras unos segundos de vacilación, decidió:

—¡De acuerdo, beberé!

Mitch Brocco, extrañado, preguntó:

—¿De verdad está dispuesta a beber, Evelyn?

—¡Traiga la copa y verá!—

respondió la divorciada, alargándole el brazo. Mitch titubeó.

—Como derrame la bebida...

—¡No lo haré, descuide! ¡Me la beberé toda!

—Está bien—

accedió el detective, y le entregó la copa. Evelyn Fosleys se la llevó a los labios y bebió.

Hasta la última gota de licor, para sorpresa de Mitch y Sheila. Evelyn retiró la copa.

—¿Convencidos de mi inocencia?

Mitch y Sheila se miraron.

—Seequívocó usted, Mitch—habló la muchacha.

—Léjeme que tía Evelyn no se ría de mí...

—¡Mire!—exclamó el detective, señalando a Evelyn.

Se había llevado las manos a los ojos, temiendo que el rostro contraído, los ojos dilatados.

Parecía estar sufriendo mucho, aunque no gritaba.

—¡Tía Evelyn!—exclamó Sheila, horrorizada.

—Prefiero la muerte... al cárcel—

balbuceó la cuarentona, y se le siguió un violento espasmo.

—¡Era veneno!—exclamó Mitch—.

¡Había echado veneno en nuestras copas!

—¡Dios, qué horror!—gritó Sheila, dándole la espalda a su tía.

Mitch la abrazó, pero siguió contemplando la agonía de Evelyn, que dio un grito.

—¡Ha muerto, Mitch!—exclamó, con lágrimas en los ojos.

—

Losiento, Sheila, pero fue su voluntad. No quería pasarse el resto de su vida en la cárcel.

—

Sus sospechas eran ciertas, Mitch. Tía Evelyn era la responsable de todo.

—Así es.

—¿Le dio usted de beber veneno en nuestras copas?

—

No, fue una coacción. Ya antes sabía que a usted no le gustaría el intercambio.

—Le pido disculpas por lo que le dije, Mitch.

—No es necesario.

—Me salvó la vida, una vez más.

—Para eso me contrató su padre.

—¿Qué hará ahora si no? ¿Seguirá actuando?

—
No los sé. Cuando se enteró de la muerte de Evelyn, se puso imposible que abandonara. Si yo
Sheila se estremeció.

—Es lo que yo temo, Mitch.

El detective miró el cuerpo inerte de Evelyn Fosley.

—
Lástima que si tú no nos dijeras el nombre de la sésima, yo no lo encontraría. Prefiero

—¿Qué vamos a hacer, Mitch? ¿Llamar a la policía?

—Sí, ahora ya podemos hacerlo. Les pondremos al corriente de todo.

—Es lo mejor—estuvo de acuerdo Sheila—. El teléfono está allí.

—Vamos.

Caminaron los dos hacia el teléfono.

Mitch tenía la auricular en la mano, cuando de repente alguien empezó a reír.

Larisa era de mujer y sonaba en el living. Sheila sintió que le flaqueaban las rodillas.

—¡Está Evelyn...!

En efecto, era Evelyn Fosley la que reía. No estaba muerta.

No podía estarlo, porque los muertos no riennise levantan, y la divorciada ya se

Sheila Evans la miraba con ojos desorbitados, al borde del desmayo. Mitch Brock

Evelyn Fosley, sin dejar de reír, dijo:

—¡Oshetomado el pelo a los dos!

¡No había venido en ninguna de las copas!

¡Nivel no en ninguna otra cosa!

Sheila empezó a sentirse mejor, tras las palabras de su tía, y preguntó:

—¿Por qué simulaste que...? Evelyn se acercó.

—
No soy tonta. Sheila. Cuando Mitch me preguntó si conocía a ese tal Larry Sorensen,
¿a qué sí?

Evelyn estaba riendo de nuevo, pero Mitch y Sheila continuaban serios, porque

elloslabromadelacuarentonano habíatenidoningunagracia. Eldetectiveapre-

—Asíquetodofueunafarsa, ¿eh?

—Efectivamente, detectivelisto—respondió Evelyn, congestoburlón.

—Nodebistehacerlo, tía Evelyn—habló Sheila.

—¿Sentistemuchomimuerte, sobrina?

—Sí.

—¡Perosimecreíasculpable!

—Noimporta.

—¡Puesamísímeimporta!—gritó Evelyn, enfadada—,

¡Yteexijoquemepidasdisculpas!

Mitchintervino:

—

Sheilanosospechabadeusted, Evelyn. Erayoquiensospechaba, ySheilamerec-

—Escierto, tía Evelyn—dijolamuchacha.

—

¡PeroempezasteadudarcuandovistequemenegabaabeberdelacopadeMitch

—Medesconcertótuactitud, loreconozco.

—¡Ymecreísteculpablecuandofingíquemoríaenvenenada!

¡Telooídecir!

—¿Nohubieraspensadotúlomismo, enmilugar?—replicó Sheila.

—Seguroquesí—rezongó Mitch.

—Detodosmodostepidodisculpas, tía Evelyn—

dijolamuchacha, paraacabarconelenfadodeladivorciada.

Esta, enefecto, cambiódeactitud.

—Démonosunabrazoyolvidemoslosucedido, Sheila—
sugirió, sonriendo.

—Sí, tía Evelyn—sonrió también la joven.

Sedieronelabrazoysebesaron, comodosbuenasamigas. Mitchlasobservaba, c

Cuandodeshicieronelabrazo, Evelynmiróaldetectivey dijo:

—¿Ustednopiensadisculparse, Mitch?

—Depende.

—¿Dequé?

—Sítambiénhayabrazoybesoparamí, medisculpoenseguida.

—¡Quépícaro!—exclamó Evelyn, riendo.

—¡Quégranuja, diríayo!—

barbotó Sheila, molesta. Evelynseacercóaldetective.

—Aceptosusdisculpasysuscondiciones, Mitch.

—Magnífico—

sonrió Brocco, rodeándolaconsusbrazos. Después, sebesaron.

Ynoenlamejilla.

Sheilaapretólospuños.

—Serásinvergüenza, eltío...—rezongó—. Ylatíatambién—

añadió, porque Evelynestabaponiendomuchoardorenelbeso.

Demasiado, en opinión de Sheila. La joven, irritada, preguntó:

—¿Me siento en una silla?

Mitch, al oírla, interrumpió el beso y emitió un carraspeo.

—No es necesario, Sheila. Ya hemos acabado.

—¿Se ha disculpado agusto, Mitch?

—Bueno, la verdad es que yo... —tosió el detective. Evelyn se echó a reír.

—¡Creo que Sheila está un poco celosa, Mitch!

—¡Esto y narices! —replicó la muchacha, furiosa.

—¡No te enfades, sobrina! ¡Hasidosólo una broma!

—¡Estás muy bromista tú esta noche, tía Evelyn!

¡Y yo no estoy para bromas!

¡Han intentado acabar conmigo dos veces, nos sabemos quiénes las esino, ni quié-

Evelyn Fosley se mordió el labio inferior.

—

Tienes razón, Sheila. Y te pido disculpas. Tu problema es muy serio y es lógico que

Sheila agarró del brazo al detective.

—

Vámonos, Mitch. Esta tarde tenemos que volver a casa. Mi padre estará muy preo-

—De acuerdo.

Sede pidieron los dos de Evelyn y salieron de la casa.

Poco después Mitch ponía el «Ford-

Cobra» en marcha, sin sospechar que el asesino lo tenía a tiro de rifle de

Sí.

El asesino iba a abatarme también en el «Ford-

Cobra», escondido detrás de los asientos, con una pistola en su mano derecha, pero

Sheila Evans, que tampoco sospechaba lo que tenía a tiro, me pordos vec

—No se lo perdonaré, Mitch.

—¿Cómo dice?

—Que no se lo perdonaré.

—¿El qué?

—Que abrazar a y besarla a mi tía. El detective sonrió.

—No sabe por qué lo hice, ¿verdad?

—¡Claro que lo sé!

—¿De veras?

—¡Le gustó mi tía! Mitch me titió una risita.

—

Me gustó, es cierto. Rostro atractivo y sensual, hermosas piernas, rotundos senos

—¿Qué...?

—

Sé que no le va a gustar lo que le voy a decir, Sheila, pero si sospechando de su tía

Evelyn, a pesar de que no echaran a darnos nuestras copas, como yo pensé. Sheila, e

—¿Cómo es posible que...?

—Representó demasiado bien el papel de sospechosa.

—¡Eso es ridículo!

—¿De veras lo cree?

—¡Tía Evelyn es inocente!

—Y a se verá cuando atrapemos al asesino.

El tipo de la pistola estimó que era el momento de dejarse ver y emergió de detrás

—Usted no va a atrapar a nadie, Brocco.

Sheila dio un fuerte respingo, se fijó en la cara del asesino, y exclamó:

—¡Ken Harper...!

Mitch Brocco, instintivamente, había reducido la velocidad del «Ford-

Cobra», pero el asesino presionó en su nuca con el extremo de la pistola y ordenó:

—
Nos detenga, Brocco, omelo cargoya. Vamos, recupere la velocidad perdida. M
Elasinoson rióy dijo:

— Buen chico.

Sheila Evans se había quedado muda después de pronunciar el nombre del tipo q
Mitch lamiró por el rabillodelojo, sin mover la cabeza.

— ¿Dijo Ken Harper, Sheila?

— Si—respondió la joven con voz ahogada.

— ¿Elex marido de Evelyn?

— Sí.

— ¿Qué sorpresa.

Ken Harper desgranó una risita.

— No había pensado en mí, ¿eh, Brocco?

— Desde luego que no.

—

Y eso que es un buen detective. Ha sabido adivinar que fue Evelyn quien lo planeó
Sheila tuvo un estremecimiento.

— Oh, no...

—

Sí, preciosa. Fue la zorra de tu tía quien me propuso acabar contigo y con tu padre.

— Y Evelyn le prometió liberarle de esa obligación, ¿no?—
preguntó Mitch.

—

Nos sólo eso. También me prometió cien mil dólares, que me entregarán cuando he

— Entiendo. ¿Y lo de Larry Sorensen...?

—

Un trabajo «extra». El tipo adivinó los planes de Evelyn y me ordenó que lo liq

— Eran amantes, ¿verdad?

— Sí, se acostaban juntos de vez en cuando.

— Lo que yo supuse.

— Es usted muy listo, Brocco.

— Cogió el coche de Larry después de liquidarle, ¿no es cierto?

—

Sí, fui con él a la casa de Evans. Así, si alguien me veía, como de hecho sucedió, per

— Muy inteligente por su parte.

— Gracias.

Mitch había sacado ya el «Ford-

Cobra» de la ciudad y había tomado la carretera que conducía a la casa de Harold

— Reduzca la velocidad y meta el coche por entre los árboles.

—¿Paraqué?

—¿Deverasnoloadivina?

—

Metemoquesí.Meordenarádetenerelcoche,nosobligaráasalirdeélynosliqui

—Exacto.

—NoesustedmejorqueEvelyn,Harper.

—Hagaloquelehedicho,Brocco.

—Está bien—rezongó el detective,y metió el«Ford-

Cobra»porentrelosárboles,perosinreducirapenaslavelocidad,loquehizoqu

Mitch,encuantovioqueyanotenialapistoladeKenHarperpresionandosunuc

—¡Hágasecargodelvolante,Sheila!

Unsegundodespuésaltabaalapartetraseradelcoche.Cayóencimadelasesino

Harpernohabíaperdidosuarma,asíqueintentóhacerusodeella.Ylohizo.

PorfortunaMitchlehabíasujetadoyaelbrazoderechoylehabíaobligadoadesv

Cobra».

—¡Maldito!—rugióHarper.

—¡Toma,cerdo!—

barbotóMitch,estrellándoleelpuñoderechoenlacara.

Entretanto,Sheilahabíahechocargodelvolanteyreducidolavelocidad,hasta

Atrás,MitchyelexmaridodeEvelynseguíanluchandoferozmente.

Harperhabíaaccionadodenuevoelgatillodesuarma,perolabala,comolaveza

Mitchpugnabaporarrebatarlelapistolaalasesino,peroéstesenegabatozudan

EldetectiveleatizóunnuevopuñetazaKenHarper.

—¡Suelta lapistola,condenado!

Harperleaferrólacaraconsumanoizquierda,dolorosamente.

—¡Tevoyaarrancarlosojos,bastardo!—ladró.

SheiladioungritoalconocerlasintencionesdelexmaridodeEvelyn.

—¡Mitch!

Afortunadamente,eldetectiveconsiguiópropinarunnuevogolpeaKenHarper

Mitchvolvióagolpearle,ahoraenelbrazoderechoyconelcantodelamano,ylo

Eldetectivesehizoconellaconrapidez,y,utilizándolacomocachiporra,durmi

Harperdeunpardegolpesenlacabeza.

—¡Seacabó!—exclamó,resoplando.

Sheilasepusoderodillasenelasientoyabriólosbrazos.

—¡Lo conseguí, Mitch!

Broccolarodeóconlossuyos.

—Sí, Sheila. Estavezatrapamosalasesino—

dijo, ylabesóconvehemencia. Ellaledevolvióelbesoconlasmismasganas.

Cuandosepararonsusbocas, eldetectivedijo:

—¿Vecomomissospechasestabanfundadas, Sheila?

—

Sí, estabaustedenlocierto, Mitch. TíaEvelynesunamujerperversa. Quieroque

—

Irá, nosepreocupe. Lapolicíaseencargarádearrestarlaydemeterlaentrerejas,

—¿Podemosperderdosotresmás?

—¿Dequé?

—Deminutos.

—¿Tienequehaceralgunanecesidad?

—¡No!—exclamóSheila, riendo.

—¿Paraquéquiereesosdosotresminutos, pues?—

Parabesarleotravez, Mitch—

respondiólamuchacha, yuniósubocaaladeél.

EPILOGO

Lapolicía, efectivamente, detuvo a aquella misma mano que a Evelyn Fosley, poco
La atractiva cuarentona lloró de rabia y de desesperación, pero nadie la consoló.
Mitchy Sheila regresaron a casa e informaron a Harold Evans del suceso. En

—Sucuñada es una serpiente venenosa, señor Evans—dijo Mitch.

—¡Jamás lo hubiera sospechado!—exclamó Harold.

—Ni yo—dijo Sheila.

—¡Me alegro de que esté en la cárcel! ¡Yo jamás os alganunca!

—Se hará vieja entre rejas, se lo puedo asegurar—sonrió el detective

—. Y lo mismo sucederá a Ken Harper.

—¡Otra serpiente!

—Los dos tendrán lo que se merecen, señor Evans.

—Gracias a usted, Mitch, que es un eficaz protector y un grand detective.

—Y que lo digas, papá—sonrió Sheila.

—

Siempre hagotodo lo que puedes para solucionar los casos que me confían

—aseguró el detective—. Es la única manera de ganar fama y dinero.

—Mañana me pasaré por su despacho y le abonaré la suma acordada, señor Brocco.

—No hay prisa, señor Evans.

Conversaron unos minutos más y luego Mitch se despidió, siendo acompañado

—Siento quedarme sin protector—dijo la muchacha.

—Y a no necesito protección, Sheila.

—Pero le necesito a usted, Mitch.

—¿Qué quiere decir?

—Sin lo adivina, es que es tonto. Brocco lo cogió por la cintura.

—¿Estás segura, Sheila?

—Sí, Mitch.

—¿Cuánto tiempo me vas a necesitar?

—Toda la vida.

—

Siendo así, no tengo inconveniente en pedirte que te cases conmigo, porque yo sí

—confesó Mitch y la besó ardorosamente.

Jenny, la doncella, que lo estaba observando desde el fondo del vestíbulo, ocul

—¡El Burt Reynolds se te besa mejor aún que el auténtico en sus películas!

¡Ay, qué suerte tiene la señorita Sheila!

¡Lo quedaría y o por estar en su lugar!

FIN

